

PABLO DE CUBA SORIA

Libro de College Station



Edición: José Prats Sariol
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Fotografía de cubierta: Pablo de Cuba Soria

© Pablo de Cuba Soria, 2016
Primera edición: © Casa Vacía, 2016
Sobre la presente edición: Casa Vacía, 2024

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798874250577

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

A Sebastián Marcel, el primer colega

Para Leidy, la mejor traductora de este libro

*A Lorenzo García Vega, in memoriam,
quien supo que todo lo real acontece en el Sueño*

*Pero nadie era capaz, ni en el cielo ni en la tierra ni
bajo tierra, de abrir el libro ni de leerlo.*

APOCALIPSIS 5:3

*No hay rostros en este pretendido paisaje (...) Sólo, a
lo más, podemos encontrar señales: pistas hacia algo
que fue; regueros de un centro ya perdido.*

LORENZO GARCÍA VEGA

El amor (la escritura) inicia en la cita desplazada, en el blanco prosódico de un Libro, aún por escribir *se*.

Libro censurable, que censura; Libro amoroso, que penetra.

Hay páginas, miles de ellas, al estómago de los trenes arrojadas. Páginas, miles de ellas, en las mutaciones del vapor.

Combustiones que marcan el tiempo.

Sólo la reminiscencia de ciertas frases (plagios, quiebres) burlará la censura, la misma que Realidad impone. De ahí las citas que se alargan, de ahí los sujetos extraños a aquellas lecturas, aunque de ellas desprendidas. Resonancias.

Lo ordena la ley de estos páramos: o construyes arquitectura de la destrucción, o este libro corre la misma suerte de sus predecesores: lanzados al estómago de los trenes en función de una tonalidad metálica, acaso improbable.

Principie este libro con la pregunta que se alarga, alargando *se*, en postergación de referentes.

I

—¿No es ésta la carretera para Taylor? —preguntó Ferlinguetti.

—No —dijo el primero, o lo que sigue: una lengua (casi) anónima, carente de referentes prácticos, tal vez la gabardina.

O eres tú, Sueño, que te soñé tal cual hace unas horas. Eres tú, que te vengo soñando tal cual, el mismo, desde hace meses, noche tras noche, sin interrupción ninguna, hasta ya saberte de memoria. Tú, Sueño, que me exiges ahora repetirte, transitarte, navegar por tus mejores aguas, en este momento donde ni realidad ni ficción gobiernan.

Resucita aquí. Todo lo demás se escribe solo.

Cortadura de pliegues, posibles entidades de un pedalear de frases (pie de la hilandera en alcance de equilibrio), jovialidad y ausencia en el pesar de los eventos.

Largo tramo de carretera o corte entre los páramos.

En los márgenes, a ambos lados de página, irrumpen resonancias: principado de nieve, murgas del verano, dice y escucha, lindes de pueblo tras el blanco, manchas

de tinta para circulación de personajes y ráfaga de pájaros que se traducen ignorantes, primera declinación de un actuar *in absentia*.

La historia principia: cruzan paseantes en reflujo de bemoles mientras leen las muchachas. *Collegeanas*: se bautizan.

Se conjugan los efectos en contracción de la mano, ya distante del teclado.

Te has desplazado por este camino durante veintitantos años (lo que es número para salir del paso) en el mismo Ford que ronca el destartalo. El ojo que opera como receptor de imágenes —el otro se mantiene vigilante, justo en esa línea delgadísima que separa la atención del abandono— se va extendiendo por la aridez del llano o por yerbazal calcinado que a intervalos irrumpe. Tropezaba el ojo con autos y tractores oxidados, con casas apuntaladas en una extrañeza desprovista de paternidades amarradas a un hábitat de faldas. Asimismo, de milla en milla, tropezaba con iglesias que parecen inhabitadas, pero a la vez llenas de cadencias que no sabes si guardan alguna relación con la gracia, o con el rumiar típico de lo agreste.

A medida que avanzas (y la oración dilata), exteriorizas en el ojo vigilante, detrás del parabrisas, trayecto lineal alargando *se* entre curvas.

Estos páramos estructuran la mente, tirones silábicos: la línea amarilla desteñida (extensión de yerbazal,

podría asegurar *te*) que divide esta carretera o cortadura, se filtra por el rabillo del derecho, vigilante, hasta hincar *te* los sesos con un cúmulo de ecos que la razón suspende.

Atrás, pudieras inventar caída de pájaros o la grafía de un acontecimiento por descarte jocoso.

Por todas partes y hedor: imposición de pliegues.

Suma de planos donde primera lluvia carecería de sentido, añadido de nieblas y sopores. Lagunas temporales, lentísimas, en círculos. Lagunas temporales de discurso en expansión. Estructura atorada en el encéfalo. Un engranaje de la mosca copulando: acordes que revientan tras de otros.

Hace par de meses (ventana) que veo a gordos de al lado entrar y salir, con inflamación somática. De ahí que la llegada sea un hecho. O era el *desierto*, avanzando.

Aquí estornudan las ardillas. La implosión.

...una comarca de nieve. Empieza la pluma a rasgar la provincia. Repetidas veces, han asegurado que mientras, ellos, los hipócritas lectores incapaces “*de abrir el libro ni de leerlo*”.

Alcanzas la semana escribiendo, sin decir *lo*, para aguantar el hipo.

Llámate Ferlinguetti, aunque duela de risa.

Pretendes espacio sin contenido temporal. Personajes que rondan sin antecedentes o argumentos, salidos de una genealogía aún por escribir *se*. Tal vez te pertenezcan. Paseantes, entre líneas asomados.

No hay archivos (habrá). Sólo estas fotografías de uno de tales libros que burlaron la censura. Y una fe renovada en lo que el *nombre*, mudo.

Peggy Campbell, de las primeras *collegeanas*, republicana sin costumbres elegantes, carece de pliegues en el vestido (1940). Mas podría hablar (ella) de la operatoria melódica de los trenes que transitan en las afueras de la imagen.

El perro *beagle* de gordos de al lado se llama Brecht. Una de las pocas al cambiar *se* de zapatos. A veces, la temperatura baja a un punto (o grado) que coagula el léxico. La ilación.

La mirada no encuentra irrupciones a su paso, planimetrías interiores, combustión de signos. Pliegue y repliegue de lo estático, lo inacabado que todo significa.

En lugar de mostrar *se*, la primera cita se borra. Maneras de educar *la* en lo que el tono.

City limit. Pop. 2184. O tardíos los 40'.

Una pequeña estación de ferrocarril del tramo que conduce a College Station.

Y gritaron sin pausa, a ras de heno.

Avanzando un poco más, hacia el centro, con intervalos en la vagancia, Ferlinguetti Batista es nombre de penúltimo transeúnte, salido acaso de un asilo en estado de erección.

Libro como espacio de construcciones, o, más bien, como espacio donde esbozas construcciones. Donde la destrucción inicia.

Compromiso de escritura que contraes en postergación perenne. O anda espadachín punteando *la* en el fondo.

Se alza el machacapapas, o le hablan claro. Será lo que se intenta, o corresponde.

¿Cómo construir *le*, entonces, un alma a estos páramos?

Preso de la locura, enero de 1889, se vio a Nietzsche en varios cortejos fúnebres. “Yo soy el muerto”, decía. En esas procesiones se agotaron los últimos intentos

de darle muerte a la metafísica occidental. Demasiada hembra para un loco.

Por callejones sin salida de College Station: ratas y quiebres tonales, saltan.

El hombre del chivo amarillento se pasaba las mañanas escribiendo su nombre en papeles de diversas texturas. Unas veces en papel sin ningún uso; otras en papeles escritos con anterioridad por uno de sus lados; las menos, en papel cartucho o en algún que otro recibo de compras llegado desde allá abajo (mandados comunes, comprobantes de lavanderías, boletos de autobuses y de teatros...).

Según cuentan las señoras de las islas al sur de College Station —señoras a las que un cuidado tremendo hay que tenerles: la insularidad tiende a reducir las historias, totalizarlas—, durante veinte años, cada mañana, el hombre del chivo amarillento escribió en sucesivos ciclos su nombre para no olvidarlo hasta el día de su muerte. O quizás sólo para entretenerse hasta la hora del almuerzo —tener en cuenta que el hombre, continuemos llamándole así: el del chivo amarillento, dibujaba sus nueve letras de seis a una todos los días de la semana y sin descanso—. Quizás, incluso, para deshacer los sonidos con que se designaba para con los otros, para consigo mismo. Este resultaría, de acuerdo con Ferlinguetti Batista, el argumento más estimable. Aunque, por supuesto, tales argumentos son apenas lo que eso, los argumentos,

pueden deparar: hipótesis, representaciones y voluntades hacia un evento X.

La caligrafía del hombre del chivo amarillento nunca era la misma. Su albacea, el médico melómano de ascendencia teutona (graduado en Facultad de Ciencias Médicas de College Station), guarda decenas de cajas llenas de los papeles de diversas texturas en los que el hombre del chivo amarillento escribió su nombre en sucesivos ciclos. El médico melómano de ascendencia teutona, quien durante sus años de adolecer aprendió en tabernas dublinesas el oficio de catar cebadas, en contadas ocasiones baja de allá arriba, donde entretiene las tardes en ver desfilar familias de ocas a través del humo del té. A veces, generalmente los domingos, las ve desfilar desde sus ojos inyectados en cerveza negra. El médico melómano de ascendencia teutona, quien habla en no pocas ocasiones de la insoportable alegría que son los niños, jamás se ha casado ni tenido hijos —semejante a ciertos albaceas de anémicos agentes de seguros o semejante al más disciplinado de los mandarines de Königsberg—, por lo que guarda con paternal dedicación decenas de cajas llenas de papeles donde el hombre del chivo amarillento escribió su nombre decenas de miles de veces.

Algunos (la gran mayoría, intentemos algo de exactitud o de realidad comprobable) de los habitantes del pabellón donde ejerce el médico melómano de ascendencia teutona, se preguntan por eso que ellos llaman —científicamente, faltaba más— la patología de conservar decenas de miles de manuscritos donde el hombre de chivo amarillento escribió decenas de miles de

veces su nombre. Pero eso, la pregunta de algunos de los habitantes del pabellón (no perder de vista que la gran mayoría resulta de un intento de exactitud) donde ejerce el médico melómano de ascendencia teutona, acerca de la conservación de tales manuscritos, sólo devendría en infinitas conclusiones que, conclusiones al fin, sólo depararían hipótesis, representaciones y voluntades hacia un evento X.

Justo ahora, podrían interpretarse las manías del hombre del chivo amarillento desde infinitos argumentos. Según el Ministerio de Encuestas y Estadísticas los más populares fueron: a) una escena de postguerra en la que Wittgenstein (*Tractatus Logico-Philosophicus*) declara que más allá de los límites de la disciplina masturbatoria sólo queda el almacenamiento pasional de lo que el nombre; o b) una disquisición existencial de bodega, a saber, la incolora formación de los demócratas. Ahora bien, respecto de la primera interpretación, sería aplicable el apartado 7 del propio *Tractatus*: “De lo que no se puede hablar hay que callar”, a pesar del griterío. Y respecto de la segunda, sería recomendable quedar *se* en el simple hecho de un hombre de chivo amarillento que cada mañana escribió su nombre en papeles de diversas texturas para que, de ese modo, los hipócritas lectores duerman tranquilos por el resto de sus días.

(Veintiocho fichas de dominó que pretendieron aguar bulliciosamente esta historia, hubieran creado un ambiente de choteo extraño a la región de los de allá arriba.)

Algunos —a fin de cuentas, por qué no decir la gran mayoría—de los habitantes del pabellón donde ejerce

el médico melómano de ascendencia teutona, no entienden mucho, la verdad, acerca de tales variantes interpretativas que, según el Ministerio de Encuestas y Estadísticas Insulares, han sido las más populares y científicamente comprobables. Pero, que los habitantes del pabellón donde ejerce el médico melómano de ascendencia teutona y los hipócritas lectores sean las mismas personas, es poco menos que comprobable.

A tales habitantes del pabellón donde ejerce el médico melómano de ascendencia teutona, les cuesta, por lo general, leer a Wittgenstein y trazar líneas. Se ha comprobado, además, que a tales habitantes les cuesta levantarse temprano. A los hipócritas lectores también.

El médico melómano de ascendencia teutona mira las ocas blancas de allá arriba, pasar.¹

Al abrir la puerta de la gerencia, encristalada de vidrios japoneses, Ferlinguetti quiso retroceder.

Tales retrocesos, siempre se descartan.

¹ Hacia una teoría del relato. En la deconstrucción de una oca comienza toda frase. “Es posible que escribir signifique rellenar los espacios blancos de la existencia, esa nada que se abre de repente en las horas y en los días, entre los objetos de la habitación, y los absorbe dejando una desolación y una insignificancia infinitas” (Claudio Magris: *El Danubio*).

En unas grabaciones escuché las casi mil páginas de *La montaña mágica* (edición insular); allí cuenta el narrador sobre “el placer de una pequeña oca blanca y sana”, pero del mundo de los de allá abajo. A fin de cuentas, señalaba Ionesco que los rostros de todos los humanos son iguales, a semejanza de las ocas.

En un momento dado, quién sabe si previsto, si sacado de algún cuadro visto en la infancia, miro en blanco la caída de la noche.

Galimatías para frases cortas, la *petite musique* que Ferlinguetti ensaya.

Cada mediodía espera, independiente de unas pocas páginas leídas, regularmente con desgano, a pesar incluso de sabáticos y domingos, el paso del cartero.

Porque el efecto del genio no es persuadir a los oyentes, sino más bien arrebatarse sacándoles de ellos mismos.

Embalsamamiento, quise decir. En el principio están los trenes. Aún más exacto: la fonética de los trenes.

Producción del día: algunos libros olvidados, tachaduras de la *imagen*.

Hay formas silentes. Ríen sordas tras el Ojo.

La satisfacción de la agrafía le fue dada, como una cura.

Entonces, sí, como de un punto a otro. Era una tarde como cualquiera, un pensamiento, una reminiscencia. Pero sólo el deseo, iluminaba, a veces, los rumores casi inútiles del

recuerdo. Cumpleaños 85 de LGV: “He traspasado la barrera del sonido”, dijo por teléfono.

Y las risas murieron. E inclinadas quedaron (vacas) sobre el libro.

Es fácil pensar el viento, colando *se* balbuciente entre las páginas.

Mientras se aplicaba inyección: “tengo sueño, los veo después”; mientras los surcos de sudor dividían la frente, y la mano derecha empezaba a temblar, a imagen y semejanza de la mano del padre iniciada en Parkinson: “esto de verdad apesta, hombre”. Todo lo demás, fue el callado que la noche trenza.

Forma hace, o fue la Forma —sabe Ferlinguetti—, cuando respiración desprendió *se* de los bueyes.

Sin la mano del Parmigianino, recién dormido, aparecen en escena.

A mediados de 1917, en París, 15 km por hora era la velocidad máxima permitida: los accidentes sucedían en cámara lenta, para felicidad del lente.

Cadencia o tensión del aneurisma. Las ardillas (alcanche de los olores) estornudan según marcapasos de los

ciclos. Se escuchan mientras hojas secas (tréboles) barren la acera. Lengua muerta.

El silbido de los trenes (*twice daily*) amarrando *se* hacia el Sur, u olor a lavanda en *collegeanas*.



Embalsamamiento, quise decir. En el principio están los trenes. Aún más exacto: la fonética de los trenes.

APÉNDICE: BREVES INSTRUCCIONES DE USO

TEMA Y ARGUMENTO NARRATIVOS. — El remanente de Escritura que va quedando de un intento fallido de novelar. De ahí que el subtítulo *novela improbable* podría acompañar a las vicisitudes del título. En otro nivel, una manera de ensayar lo narrativo desde los territorios de Verso. Acaso el único modo de alcanzar el momento en que Literatura es pregunta.

LAS CITAS QUE SE ALARGAN. — Frases que hubiera querido escribir. Por lo tanto, se practica un “robo a letra armada”. Asimismo, las citas funcionan como personajes que aparecen de pronto en el relato, y cuyos rostros quedan como acumulación de ecos, resonancias, vibraciones. Imágenes que en los encuentros y desencuentros de palabras se van expresando.

Hay citas explícitas y otras situadas (actuando) en entrelíneas. *Menudas oscuridades*, diría Bufalino, que definitivamente quedan sin revelar *se*. Acaso por ya pertenecer al tiempo de lo que se olvida, o por haber logrado su objetivo: borrar el referente hasta alcanzar autonomía. O dicho de otro modo: encerrar *las* en la

jaula de tu propia lengua, para liberar *las* en el momento en que se desconocen a sí mismas.

PERSONAJES. — Ferlinguetti Batista está (al menos se intenta) entre expresión de *alter ego* y traducción de los sonidos que el teclear provoca. Los otros (gordos de al lado, albinos de arriba, Brecht, etc., etc.) son personajes reales obligados a vivir en Ficción. No obstante, hablar de personajes resulta una “tomadura de pelo”, una burla al lector. Pero como este libro está condenado a no abrir *se* desde el primer epígrafe, o, en su defecto, a ser una *novela improbable*, el autor queda libre de sospechas, absuelto por la culpa.

AUTOR. — A veces cansa llamar *se* Pablo, una de las tantas formas del dolor. Por ello, en muchísimas ocasiones, soy exactamente lo que leo, aquello que me robo para entonces apropiarme *lo* en Taller de Resonancias.

ESCRITURA. — Llevar a Palabra, Frase y Pensamiento hacia encrucijadas sintácticas, prosódicas, hasta alcanzar colisiones de sentidos. (Eufonías, diría el sabio.) O hasta lograr que Forma (Idea) haga tartamudear a los géneros, que los sitúe en reino de Incertidumbre. A saber: vibraciones que en lo Real provocan escisiones. Escritura: lentes bien pulidos que Sueño presiona en su tabique para mirar de frente a Realidad.

ÍNDICE

El amor (la escritura) incia... / 11

I / 13

II / 29

III / 43

IV / 57

V / 73

VI / 87

VII / 101

VIII / 113

IX / 117

Finale / 131

APÉNDICE: BREVES INSTRUCCIONES DE USO / 135